9277

Que viene mi mujer

~~Otty~~

O'Connell

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

QUE VIENE MI MUJER

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADO DEL FRANCÉS POR

D. FIDEL O'CONNELL ORTIZ DE SANTANA.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de Variedades la noche del 2 de Diciembre de 1877.

MADRID

IMPRENTA DE DIEGO VALERO, SOLDADO, NÚM. 4.

1878

PERSONAJES.	ACTORES
PAULINA.	SRA. ESPEJO.
SOCORRO.	SRA. RODRIGUEZ.
EDUARDO.	SR. VALLÉS.

La accion es en Córdoba y en nuestros dias.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-dramática de D. Eduardo Hidalgo son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Jodin

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una sala de una fonda decentemente amueblada.—Puerta de entrada en el fondo.—A la derecha, en primer término, una mesa de consola con espejo, reloj y floreros, y en segundo término, una puerta que dá paso á otras habitaciones.—A la izquierda dos ventanas á la calle.—Sofá, butacas, sillas y un velador. —En un rincon un mundo, una maleta y varios sacos de noche y cajas de carton.

ESCENA PRIMERA.

EDUARDO y SOCORRO.

EDUAR. (Entrando bruscamente y con aire de mal humor). Pues señor, estamos divertidos. No habrá podido alcanzar el tren de las doce y voy á tener que esperarla otra hora más. Digo, y eso suponiendo que el tren de la una no traiga retraso. (Quitándose los guantes con ira.) ¡Demonio, demonio y demonio! (Se le rompe un guante.) Bueno, ahora al guante le dá la gana de romperse. Empieza bien el dia. Mi

672422

mujer que no llega; su sombrero que se me olvida en la estacion; y hasta los malditos guantes... (Reparando en Socorro, que limpia y arregla los muebles.) ¡Calle! ¿estás ahí todavia? ¡Vaya una flema! Acaba, mujer, date prisa: mi señora debe llegar en breve, y es menester que todo esté listo para cuando venga.

SOCOR. Voy volando.—¡Pues no es poco súpito este señor!

EDUAR. (Oliendo.) A ver, muchacha, escucha...

SOCOR. ¿Mandasté?

EDUAR. Sí, no hay duda: aquí huele á tabaco.

SOCOR. ¡Toma! Como que el señorito que tuvo anoche este cuarto no se quitaba el puro de la boca.

EDUAR. (Sacudiendo el aire con un pañuelo.) Y mi mujer que no puede sufrir este olor! (Soplando.) Pfu... pfu... (Abre la ventana y luego mira á su alrededor.) ¡Ah! ¿y la caja? ¿y la caja de carton que en la estacion dejé olvidada y que dije al camarero fuese á buscar? (Para sí.) Estaba tan atolondrado, y sobre todo, de tan mal humor... Lo mismo que mi mujer: ¡pobrecita! Despues de pasar catorce horas mortales encajonados en un maldito coche completamente lleno, sin podernos decir ni una palabra, ni una sola de esas dulces palabras que con tanto gusto se dicen los recien casados...

SOCOR. ¡Ya! ¿Conque usté es rocin casao? Me habia dao en la nariz.

EDUAR. Sí, ayer precisamente nos echaron encima el santo yugo y nos dieron el gran sablazo. (Imita la accion de bendecir.) Yo toda la noche no hacia más que pensar: pero, señor, esta dichosa Córdoba, ¿está acaso en el fin del mundo? ¿no vamos á llegar nunca? Y mi pobre Elisa de seguro pensaba lo mismo.

SOCOR. ¿Qué Elisa?

EDUAR. ¡Qué Elisa! ¿Qué Elisa habia de ser? Mi señora, que se llama Elisa.

SOCOR. ¡Ay, qué nombre tan bonito!

EDUAR. ¿Verdad que es precioso? ¡Cuánta dulzura tiene! ¡Elisa! ¡Elisa!...

SOCOR. (Con entusiasmo, imitándole.) ¡Elisa! ¡Caramba! Yo quisiera llamarme Elisa.

EDUAR. ¿Cómo te llamas?

SOCOR. ¡Socorro!

EDUAR. ¡Socorro! (Riendo.) Vaya un nombre alarmante. ¡Socorro! ¡ladrones! ¡fuego! ¿Chica, sabes que tu nombre está reñido con el órden público? El que á menudo tenga que oirte llamar no ganará para sustos.

SOCOR. Sí, eso es, comience usté ahora á guasearse.

EDUAR. No, no creas que me burlo: sin duda tu nombre no es tan dulce como el de mi señora; pero en cambio es más... más espresivo.

SOCOR. (Riendo.) ¡Jé, jé! Pus no ice que es depresivo...

EDUAR. Y en tí no carece de oportunidad: más de uno habrá que al verte pida socorro á toda prisa... Y si tú se lo dás... con esos ojillos... y esa boquita... (Cogiéndola por la cintura.) y este talle...

SOCOR. Vaya, estése usté quieto... no sea usté manilargo...

EDUAR. (Retirándose.) Tienes razon. No sé lo que hago. Esta pícara costumbre... A lo mejor se me olvida que estoy casado y... ¡como llevo tan poco tiempo!—En fin, llegamos á Córdoba; voy á poder al cabo encontrarme á solas con Elisa. (Frotándose las manos.) Esta idea me entusiasma; estoy en mis glorias, y en los ojos de mi mujer—¡unos ojos azules magníficos!—leo que ella tambien está... ¡vamos!... que ella tambien, naturalmente... (Interrumpiéndose con tono colérico.) Pues no señor: los engorros no habian acabado. Empiezo á buscar nuestro equipaje y, cuando más engolfado estaba en mi tarea, oigo un grito, es decir, dos gritos; me vuelvo y veo á mi mujer en los brazos

de una especie de mónstruo, que la aprieta y la estruja, y la zarandea, cubriéndola de brutales besos.

SOCOR. ¡Digo, digo! Pues vaya un móstrio pegajoso.

EDUAR. En un tris estuvo que no hiciera una barbaridad.

SOCOR. ¿Quién? ¿el móstrio?

EDUAR. Yo, yo mismo, que aquí donde me ves, tengo un génio...

SOCOR. ¡Ave María Purísima!

EDUAR. Por fortuna, cuando iba á arrojarme sobre él, conocí que era doña Augustias, la madrina de Elisa.

SOCOR. ¡Ah! ¡Vamos! Si era su madrina...

EDUAR. Sin embargo, nunca estaba bien eso de abrazar y besar á mi mujer de aquella manera, en mis barbas... sobre todo, cuando yo hasta ahora... En fin, tú no puedes entender esto.

SOCOR. ¡Toma! ¿Y por qué no?

EDUAR. ¿Te has casado tú alguna vez?

SOCOR. Entavía nó.

EDUAR. Pus velay. (Con mal humor.) Y no es esto todo. La doña Angustias de mis pecados, que está pasando el verano en su posesion de Almodóvar—ahí cerca, en el camino de Sevilla,—avisada de nuestro paso por Córdoba, habia venido á esperarnos para llevarnos á almorzar á su casa. Como era natural, yo me esforcé en escusarme—despues de darle, por supuesto, un millon de gracias.—Le dije—lo que era verdad—que tenia que cobrar aquí, precisamente á las once, cierta cantidad para los gastos de nuestro viaje. «Pues »nada, querido Eduardo, no hay que apurarse: »usted se queda, yo me llevo á Elisa, y volveré á »traérsela en el tren de las doce.—Anda, hija »mia, vente.»—Y dicho y hecho, se la llevó sin más ni más, dejándome con un palmo de narices. Si me hubiera dejado llevar de mi génio... No, y

lo que es Elisa, con tanto gusto iba la pobre como si la llevaran de los cabellos. ¡Claro! ¡Con cuánta elocuencia me lo decian sus ojos... sus ojos...

SOCOR. Maníficos. ¿No dijo usté que eran maníficos?

EDUAR. ¿Eh? (Sorprendido y luego recordando.) ¡Ah! sí: magníficos, con *eme* grande.

SOCOR. (Dejando el arreglo de los muebles.) Vaya, pus esto ya está listo. Ya la señora pué venir cuando quiera.

EDUAR. ¡Cuando quiera! ¡Inocente! Pues si pudiera venir, ¿crees tú que no estaría aquí ya?—Quien no estaria serias tú. (Riendo.) ¡Jé, jé, jé!—Acá para *inter nos*, puedes tener por seguro que si mi mujer estuviera aquí, tú estarías de sobra. Créelo.

SOCOR. ¡Toma! ¡Ya lo creo! (Dándole un codazo y riendo con malicia.) ¡Jé, jé! (Se vá.)

EDUAR. Cuando digo que esta chica... (Recordando y corriendo á la puerta.) ¡Ah! escucha: la caja; que no te se olvide mandar por la caja á la estacion, si es que todavia no han ido por ella.

SOCOR. (Desde fuera.) No hay cudiao.

ESCENA II.

EDUARDO solo.

EDUAR. Bonita se pondria Elisa si se perdiera el sombrero: un sombrero elegantísimo, de ultimísima moda, y regalado nada ménos que por un teniente alcalde... (Mira su reloj.) Las doce y veinte; todavia tengo que esperar tres cuartos de hora. ¿En qué pasaré el tiempo? Vamos: nos entretendremos en ajustar cuentas y en repasar el presupuesto del viaje. (Saca una cartera y un lápiz, y se sienta junto al ve-

lador.) Saqué de Madrid en oro cuatro mil reales. (Escribe.) Este buen señor, en vez de pagarme en dinero toda la cantidad, sólo me ha dado en metálico dos mil reales, y por los otros ocho mil me ha entregado una letra, que dice cobraré en Cádiz sin dificultad. La colocaremos aquí, en el secreto de la cartera, no sea el demonio que... Aquí estará solita, á sus anchas... (Con sorpresa.) ¡Calle! ¿qué es esto? ¿quién es el intruso que ha osado penetrar en este lugar sagrado?... (Saca una tarjeta fotográfica y se levanta vivamente, lanzando un grito y mirando con susto á su alrededor.) ¡Ah! ¡Paulina, el retrato de Paulina, que habia olvídado en el fondo de esta cartera! ¡Cielos! ¡Si Elisa lo hubiera descubierto! (Mirando el retrato.) Tambien tú eras muy guapa, sí, señor. ¡Oh! y te amaba de veras, puedes creerlo. Si no hubieras tenido aquel geniecillo, y hubieras sido ménos celosa... ¡Pero ya, ya! Cuando te se *ajumaba el pescao*, como dicen aquí en Andalucía... (Mirándose una mano.) Y si no, que lo diga esta honrosa cicatriz, muestra elocuente de la fiereza de tus uñás. No, lo que es entonces ya no quise que se repitiera la funcion: demasiadas veces se habia repetido. Al dia siguiente le busqué camorra, con el primer pretesto que me vino á las mientes; ella se sulfuró en seguida, echó por esos trigos de Dios, y concluyó amenazándome, como de costumbre, con que me abandonaria para siempre, yéndose á Melilla, donde, segun parece, tiene una hermana. Siempre habia yo tenido la debilidad de detenerla; pero aquel dia me mantuve firme. Ella, por su parte, no quiso dar su brazo á torcer, y se marchó en efecto. Punto final; hasta hoy.—Algunos meses despues conocí á Elisa, á mi adorada Elisa. ¡Oh! ¡á ésta sí, á ésta sí que la amo con delirio.—(Mirando de nuevo el retrato,) Pero, de to-

dos modos, la verdad es que no deja de impresionarme este inesperado encuentro... Y el pícaro del retrato está hablando. Esta, ésta es su maliciosa sonrisa, su boca pequeñuela, su mirada expresiva... ¡Qué ojos, qué ojos tan re... (Al ir á besar el retrato se detiene y mira á su alrededor.) ¡Ah! Eduardo, Sr. D. Eduardo, ¿qué va usted á hacer? ¡Cuando está usted esperando á su mujer, que acaso en este mismo instante sube la escalera y va á presentarse en aquella puerta... ¡Demonio! ¡Si será verdad!..... (Abre la puesta del fondo y mira.) No, no: no ha llegado todavía y puedo sin peligro... (Mirando otra vez á su alrededor, acerca el retrato á sus lábios. A este tiempo se abre la puerta, dá un salto y oculta el retrato detras de sí.)

ESCENA III.

EDUARDO y SOCORRO.

SOCOR. Señorito... (Con una caja en la mano.)

EDUAR. ¡Eh! ¿Qué es eso? ¿Quién está ahí? ¡Vaya una manera de entrar, sin tocar á la puerta ni preguntar si se puede!

SOCOR. Como yo sabia que la señora no estaba aquí...

EDUAR. No es poca fortuna. Vamos, y ¿qué ocurre?

SOCOR. Naa: que José ha traío esta caja de la estacion y la he subío pa ver si era la que usté esperaba.

EDUAR. Creo que sí. Aunque, como todas se parecen, no será malo cerciorarse. Veamos. (Abre la caja y saca un sombrero de señora.) Sí, esta es. Mira, mira, qué lindo. ¿Eh? ¿Qué te parece?

SOCOR. (Admirada.) ¡Aaaay, qué bonito! ¡y cuánto colgajo

de sea! ¡y cuántas flores de trapo! Algo daria yo por tener uno como ese pa mi cabesita.

EDUAR. (Con desden.) ¿Para esa cabeza?

SOCOR. Pus claro, si no tengo otra.

EDUAR. Bien empleado estaria. (Guardando el sombrero en la caja.)

SOCOR. ¡Remucho que sí! (Pretende ayudarle á colocarlo.)

EDUAR. (Dándole en las manos.) ¡Eh! ¡abajo esas patas!

SOCOR. ¿Qué patas?

EDUAR. Las delanteras. ¿Si habrás tú llegado á creerte que perteneces á la familia de los bimanos?

SOCOR. No señor; ya se yo que los Vismanos son otros; unos que tienen una huerta allá en la ribera. ¿Pero eso, qué tiene que ver?

EDUAR. Nada, en efecto... Por consiguiente dáme unos fósforos y una vela, y vete, que te están llamando.

SOCOR. Ahí tiene la vela y los mistos en esa mesa. (Se vá mirándose las manos y separando los dedos.) ¡Vaya con el señorito! ¿Pus no ice que tengo patas?

ESCENA IV.

EDUARDO solo.

EDUAR. (Encendiendo la bugía.) Es preciso, es preciso que desaparezca hasta el último resto de un pasado que... (Suspirando.) que en honor de la verdad, no dejó de ser bastante agradable. Debo hacerte esta justicia (Al retrato, que coloca sobre la mesa) antes de separarnos para siempre, bella Paulina. Porque vamos á separarnos: no hay más remedio. Elisa vá á venir de un momento á otro y es preciso que

no te vea. ¡Si llegara á verte!... Buena se armaría, ¡Dios poderoso! Es absolutamente necesario que nos demos el último adios. ¡Ah! Pero te juro que no puedo menos de sentir el corazon traspasado al entregarte á las llamas. ¡Quién habia de decirte, pobre Paulina mia, que habias de venir á morir quemada, como la famosa Vírgen de la Lorena y tantas otras Vírgenes mártires, á quienes en vida no te propusiste sin duda por modelo! (Se oye el ruido de un carruaje.) ¡Eh! Un carruaje se acerca... ¿Si será Elisa? (Se asoma á una ventana.) Un pié minúsculo... el borde de una falda... no he visto más. Pero sí, es ella, no me cabe duda. El corazon me lo dice. (Al retrato.) ¿Le oyes? ¡es ella! ¡Addio! ¡Addio! (Acerca la tarjeta á la bugía, sin quitar la vista de la puerta, y se quema los dedos. Deja caer el retrato y se dispone á recogerlo; pero antes de que lo haga se abre la puerta y entra una mujer con el velo echado. Corre á ella, la coge entre sus brazos, la conduce al centro de la sala, levanta el velo y dá un grito de sorpresa.)

ESCENA V.

EDUARDO y PAULINA.

EDUAR. (Estupefacto.) ¡Ah! ¡Pau... li...

PAULI. (Burlándose.) Ene, a, na: Paulina,

EDUAR. ¡Paulina!

PAULI. La misma, en persona. ¿No me esperabas? ¿verdad?

EDUAR. No, lo que es esperarte... Es decir, yo... (Aparte.) ¡Zambomba! ¡Ya lo creo que no! (Se apoya en el velador, como sintiéndose desfallecer.)

PAULI. Pero chico, ¿qué es lo que te dá?

EDUAR. Es que... no sé si...

PAULI. ¡Bah! Ya me hago cargo: la sorpresa, la misma alegría...

EDUAR. Sí, sí: eso debe ser... (Aparte.) ¡No está mala alegría! (Con sobresalto mirando á la puerta.) ¡Ah!

PAULI. ¿Qué es eso?

EDUAR. Me pareció... creí que... ¿Tú no has oido, digo, usted no ha oido nada?

PAULI. ¡Usted! ¿me vas ahora á hablar de usted? (Riendo.) ¡Já, já, já! Tendria que ver.—Debemos dar gracias á la casualidad por haber hecho que nos encontremos á la mitad del camino. Porque yo iba á buscarte á Madrid y á decirte que, resueltamente, me era imposible vivir sin tí más tiempo.

EDUAR. Ya, conque es decir que... que te era imposible...

PAULI. (Conduciéndolo de la mano al sofá y haciéndole sentar á su lado.) Nó, no podia más—¿qué quieres?—no podia más. Durante los primeros dias creí que sí—¿por qué negarlo?—creí de buena fé que todo habia acabado entre nosotros. (Con vehemencia.) ¡Qué disparate! Cuando dos corazones han llegado á amarse como los nuestros, por más que se haga... (Alzando la voz y con gran fuego.) ¡Oh! ¡Es mentira! mentira, que haya unos amantes—ni los de Teruel—que se hayan amado como nosotros.

EDUAR. (Con espanto.) ¡Ssss!... Más bajo, por Dios... (Aparte.) A ésta le parece que está todavia declamando en la Infantil.

PAULI. (Con tono sentimental.) Yo era tu primer amor; tú tambien eras mi primer amor... Te lo juré un dia, ¿te acuerdas? por la salud de mi mamá.

EDUAR. ¡Oh! sí... (Aparte.) Por cierto que al dia siguiente cogió la pobre señora un pasmo, que ni el de Sicilia.

PAULI. ¿Cómo era posible que pudiéramos vivir separa-

dos?... Al principio me daba fuerzas la cólera, la ira, el despecho; pero despues, cuando pasó algun tiempo... ¡Vamos, que no podia ser! Te echaba de menos á todas horas, en todos los momentos. ¡Qué dias tan largos! me parecian siglos. ¡Y qué noches! ¡sobre todo, qué noches! Tenia unas pesadillas horribles: soñaba que te ibas á casar...

EDUAR. ¡Diablo!

PAULI. Sí, que te ibas á casar ¡Ya ves! ¡como si eso fuera posible!.. Te veia en mis sueños dirigiéndote al altar, y yo, escondida detrás de una columna del templo, te acechaba como el tigre acecha su presa, hasta que al pasar cerca de mi escondite, frenética, delirante, rabiosa, me arrojaba sobre tí para coserte á puñaladas. (Eduardo se separa.) Tú lanzabas un grito salvaje; yo me despertaba entonces, con la vista estraviada, con los cabellos erizados, rechinando los dientes, y exclamando: «¡oh, si fuera verdad! ¡si fuera verdad!» Luego cogia mi puñal damasquino (Saca uno y lo desenvaina.) —un regalo de mi cuñado—mira qué mono es.

EDUAR. Sí, muy bonito, mucho... (Lo examina y prueba lo agudo de su punta en un dedo.) ¡Buena punta!

PAULI. ¡Cuidado! ¡No juegues! Mira que está envenenado.

EDUAR. ¡Caracoles! Bien podias avisarlo antes.

PAULI. Por mi gusto á los ocho dias me hubiera vuelto á Madrid y hubiera corrido á buscarte. A no ser por mi hermana, que formalmente se opuso, largo tiempo hace que hubiera ido á echarme en tus brazos y á pedirte perdon. (Lo abraza estrechamente.) ¡Ah! Y me hubieras perdonado; y ahora me perdonas, ¿no es cierto?

EDUAR. Sí, sí, certísimo... Pero...

PAULI. (Apretándole con mayor fuerza.) Lo confieso: he obrado mal, muy mal, he sido celosa, iracunda...

EDUAR. ¡Ah! ¿Conque al fin lo confiesas? (Siempre procurando desasirse.)

PAULI. (Sin soltarlo.) Sí, querido mio, muy celosa, muy iracunda. (Mirándole la cicatriz de la mano.) A ver: ¿se nota todavía la señal? ¡Oh! sí: ¡pobre Eduardo! (Le dá en la cicatriz un beso muy ruidoso.)

EDUAR. (Levantándose asustado.) ¡Oh!

PAULI. ¿Qué?

EDUAR. ¿Estás loca?... Si alguien hubiera oido...

PAULI. ¡Bah! ¿Quién habia de oir?

EDUAR. Digo, como ha sonado poco... En primer lugar la criada de la fonda, que tiene la mala costumbre de entrar sin anunciarse...

PAULI. ¡Pss! Y de todos modos, ¿qué mal habria en eso? Diciendo que soy tu mujer...

EDUAR. ¡Mi mujer! ¡Mi...! (Aparte.) ¡Y yo que habia olvidado!... (Cae sobre una silla.) ¡Oh!

PAULI. ¿Qué es eso? ¿Otra vez te da el soponcio?

EDUAR. Sí, hace algun tiempo padezco estos ataques. El médico dice que son nerviosos... y justamente para ver si logro desterrarlos voy á los baños de... Carratraca.

PAULI. Pues iremos juntos: yo no te abandono en ese estado. (Movimiento de Eduardo.) Te cuidaré, te mimaré, pichoncito mio, y ya verás como...

EDUAR. ¡Tú, venir conmigo!... (Aparte.) ¡Dios mio, Dios mio! ¿qué va á ser de mí?

PAULI. ¿Qué te pasa? ¿te sientes peor? Deja. (Intenta quitarle la corbata.) Deja que te afloje este cuello.

EDUAR. (Resistiéndose.) Nó, nó: de ningun modo: ya va pasando.

PAULI. Como quieras.—Así como así, yo tampoco me siento bien. Noto un malestar, un vacío... Y es que todavía no he almorzado. ¿Quizás tú tambien estarás en ayunas?—Cuando más y mucho, todo eso será debilidad. (Toca la campanilla.)

EDUAR. (Vivamente.) ¿Qué haces? ¿para qué llamas?

PAULI. Para que nos traigan algo que almorzar.

EDUAR. ¿Estás en tu juicio?

PAULI. ¡Hombre! ¡Pues vaya una locura! ¡Comer cuando se tiene hambre! Me parece que ya es hora: (Señalando al reloj.) las doce y media van á dar.

EDUAR. (Tranquilizándose.) Es verdad, tienes razon.

ESCENA VI.

DICHOS y SOCORRO.

SOCOR. ¿Qué se ofrece?

PAULI. ¿Habrá en la fonda un pollo fiambre, un poco de jamon en dulce ó algo que podamos tomar enseguida? (Sigue hablando con Socorro en voz baja.)

EDUAR. (Para sí.) Verdaderamente... (Tocándose el estómago.) no me vendrá mal tampoco tomar un tente en pié. (Mirando el reloj.) Todavía queda media hora, y dándonos alguna prisa...

SOCOR. Bueno, señora: enseguida. (Se va.)

ESCENA VII.

EDUARDO y PAULINA.

PAULI. (Volviendo á abrir la puerta y dirigiéndose á Socorro.) Ah! Y tráete una botella de Champan, ¿entiendes? ó dos... mejor será que te traigas dos.

EDUAR. Pero chica...

PAULI. ¡Oh! sí: el Champan es el vino de los amantes. Además, ya sabes que es mi favorito, y me anima de un modo... (Apoyándose en su hombro.) En bebiendo un par de copitas... ¿eh?... ¡Já, já, já! ¿He dicho algo?

EDUAR. Sí, sí, ya recuerdo. (Aparte.) Pues eso es lo que yo temo.

PAULI. Y tú tambien, picaron: á tí tambien te hace efecto.

EDUAR. (Aparte.) Pues eso es precisamente lo que temo.

PAULI. Pero yo siempre he tenido la cabeza más firme que tú (Vá al espejo, se quita el sombrero, y se lo vuelve á poner, despues de arreglarse el peinado.)

EDUAR. (Aparte.) Señor, ¿qué es lo que aquí va á suceder? —Me estremezco de pensarlo.—Y cualquiera se quita de encima esta mosca... ¡Si yo pudiera escabullirme!... ¡Ah! ¡imposible! ¿cómo dejar el equipaje?—Quizás lo mejor seria decirle la verdad... ¡Ave María Purísima! ¡Buen tiberio armaría! ¡Flojo sería el escándalo!—Y si se contentara siquiera con gritar... Pero bonita es la niña: con esas uñas tan listas que Dios le ha dado... y ahora el dichoso puñalito...

PAULI. (Viendo su retrato y recogiéndolo con alegría.) ¡Ah!

EDUAR. (Sobresaltado.) ¿Qué? ¿Qué pasa?

PAULI. ¡Mi retrato! ¿Conque lo has conservado?

EDUAR. Sí... ciertamente... (Aparte.) ¡Por vida de!... ¡no haberme acordado de guardarlo!...

PAULI. ¿Conque has seguido embriagándote en la contemplacion de mi imágen adorada?

EDUAR. No, embriagarme precisamente...

PAULI. (Abrazándolo con vehemencia.) ¡Oh! ¡cuánto te amo! Y te lo probaré, Eduardo mio, te daré pruebas, no lo dudes.

EDUAR. Bueno, sí, no lo dudo, me darás todo lo que quieras; pero déjame, mujer, déjame que respire.

PAULI. Y no he cambiado nada, ¿verdad? ¿Te parece á tí que he cambiado algo?

EDUAR. (Preocupado y mirando á la puerta.) No, hija, nada, absolutamente nada: la misma de siempre...

PAULI. Pero, si no miras siquiera... ¿En qué estás pensando?

EDUAR. ¿En qué estoy pensando? Pues ya puedes figurártelo. (Aparte.) Sí, fácil es; y Dios me libre de que se lo figure. (Alto.) Pienso en ese condenado almuerzo, que no acaba de venir. (Aparte.) ¡Oh! ¡qué idea! (Alto.) Porque, si te parece, despues de almorzar iremos á dar una vueltecita por la poblacion... ¿eh?... y áun por las afueras. Dicen que los alrededores de Córdoba son deliciosos: que hay unas huertas... y unos prados... y unas arboledas á la orilla del rio...

PAULI. ¡Bravo! ¡muy bien pensado! ¡Ah! ¡la verdura de los campos! ¡el mullido césped! ¡el sombrio follaje!... ¡Pues poco que me gusta á mí eso!

EDUAR. ¿Conque apruebas la idea?

PAULI. Ya lo creo.—Y contigo, ¡no digo nada!... (Vuelve al espejo y se quita el sombrero.)

EDUAR. (Aparte, lleno de alegria.) Cuando estemos lejos, bastante lejos, la doy el esquinazo del siglo, me vuelvo aquí á escape, cojo á Elisa, y me marcho con ella á... al fin del mundo. (Frotándose las manos, bailando y cantando.) Me salvé, me salvé, me salvé, me salvé.

PAULI. (Viendo el otro sombrero.) ¡Ah! ¡qué monería!

EDUAR. ¿Eh?

PAULI. (Sacando el sombrero de la caja.) ¡Qué sombrero tan elegante!

EDUAR. (Aparte.) ¡Adios!... (Alto.) Sí, efectivamente... es un sombrero...

PAULI. ¡Anda! ¡Si no dices mas que eso!

EDUAR. Un sombrero que... que llevo de regalo á... mi tia.

PAULI. (Arreglando las flores y los encajes del sombrero.) ¿A qué tia?

EDUAR. ¿No te he dicho que voy á los baños de Carratraca? Pues allí cerca, muy cerquita, tengo una tia, ¿estás?... y me ha encargado que le lleve... ¿comprendes?...

PAULI. ¡Y le vas á llevar este primor, este dije!... ¡Quita allá! ¡Buena lástima sería! Ni siquiera sabria la buena señora cómo se lo habia de poner... ¡Bah! Le comprarás otro. (Se lo pone.)

EDUAR. (Procurando impedirlo.) No, no juegues... ea...

PAULI. (Dándole en la mano.) Estáte quieto, deja. Voy á ver qué tal me está.

EDUAR. (Mirando la puerta con espanto.) ¡Si viniera ahora! ¡El sombrero de mi mujer en la cabeza de una... Paulina!

PAULI. Vaya si me sienta bien!

EDUAR. Muy bien, perfectamente. Pues nada, ahora (intentando quitárselo) vamos á ponerlo en su caja y...

PAULI. ¡No faltaba más! (Dándole de nuevo en las manos.) Si parece que lo han hecho para mí. Resueltamente me quedo con él. (Abrazándolo.) ¡Gracias, querido Eduardo, gracias!

ESCENA VIII.

DICHOS y SOCORRO.

SOCOR. Aquí está el almuerzo. (Lo pone sobre el velador.)

EDUAR. (Procurando desasirse.) ¡Paulina!... ¡Por Dios! La criada...

PAULI. ¿Y qué importa? Acaso entre marido y mujer..

(A Socorro.) No te se habrá olvidado el Champan.

SOCOR. No, señora: á mí no se me olvia naa... cuando quiero. (Mirándola fijamente.) ¡Aaah!

PAULI. ¿Qué miras?
EDUAR. ¿Qué es eso? } (A un tiempo.)

SOCOR. Pus es verdad.

EDUAR. Es verdad... ¿qué?

PAULI. ¿Qué es lo que es verdad?

SOCOR. (A Eduardo.) Lo que decias te endenantes: que la señora tiene unos ojos maníficos. ¡Dios se los bendiga!

PAULI. (Complacida.) ¿De veras? ¿Tú decias...?

EDUAR. (Turbado.) Sí, seguramente... (Haciendo señas á Socorro que ésta no comprende.)

PAULI. ¡Adulador!

EDUAR. (Siguiendo sus señas y tosiendo.) ¡Ejem!... Vamos, acaba pronto, que estamos de prisa, y márchate.

SOCOR. (Riendo con malicia.) Si ya me voy; ¡jé, jé, jé!... (Dándole un codazo.)

EDUAR. ¡Doméstica!

SOCOR. ¡Vaya, que aproveche! (Váse.)

ESCENA IX.

EDUARDO y PAULINA.

EDUAR. Ea, á la mesa. (Queriendo quitar el sombrero á Paulina) Quítate el sombrero.

PAULI. No, no me estorba.

EDUAR. Pero te dará calor.

PAULI. Te digo que no.—Vé destapando esa botella.

EDUAR. Si te empeñas...

PAULI. Ya lo creo. Aquí tienes las copas. (Trinchando un pollo.) ¿A tí te sigue gustando la pechuga?

EDUAR. Siempre. (Aparte, mirando al reloj.) Todavia quedan veinte minutos; pero de todos modos ¡qué situacion! ¡Estoy sudando á mares! (Hace saltar el tapon de la botella.)

PAULI. Echa poquito á poco. (Poniendo su copa.) Poquito á poco, que no haga mucha espuma.

EDUAR. Ahí tienes una copa de amigo. (Se sirve tambien.)

PAULI. Brindemos como en otros tiempos. A tu salud.

EDUAR. A la tuya.

PAULI. Por nuestro amor.

EDUAR. Por nuestro... (Dejando la copa y procurando otra vez quitarle el sombrero.) Por más que digas, el sombrero debe incomodarte.

PAULI. (Resistiéndolo.) No, hombre, no seas pesado.—Vamos á ver, Eduardo, ¿qué es lo que te recuerda este almuerzo?

EDUAR. ¡Pardiez! Naturálmente, me recuerda...

PAULI. ¡Tunante! (Llena las dos copas.) ¡Ea, bebamos! choca.

EDUAR. (Chocando su copa.) Choco.

PAULI. (Entusiasmada y alzando la voz.) Por nuestro amor.

EDUAR. (Asustado.) ¡Mas bajo, mujer!

PAULI. (En voz baja y á su oido.) ¡Por nuestro eterno amor! —¡Cuando pienso que hemos pasado cuatro meses nada ménos sin vernos; sin almorzar ni comer juntos! (Llena las copas.) Sin beber Champan, diciendo como ahora: ¡choca!

EDUAR. (Aparte, mirando el reloj.) ¡Un cuarto de hora escaso!

PAULI. ¿No oyes?

EDUAR. ¿Qué?

PAULI. Que he dicho: ¡choca!

EDUAR. (Aparte.) Tú sí que vas ya estando algo chocante. (Alto.) Es que—bien lo sabes—este vino... con dos ó tres copas que tome ya estoy... ¡Jé, jé, jé!

PAULI. ¡Bah! no seas niño: por una copa más ó menos. Aprende de mí. (Bebe.)

EDUAR. Si te empeñas. (Bebe.)

PAULI. Venga otra copa.

EDUAR. Vaya otra copa. (Aparte.) ¡Esta chica es una esponja!

PAULI. (Con fuego.) Y olvidemos... Figurémonos que ayer fué la última vez que... Consagrémonos enteramente al amor... y al Champan.

EDUAR. (Aparte.) Se va á achispar de seguro. Tanto mejor: así me será más fácil darle esquinazo. (Alto.) Sí, dices bien, querida Paulina, bebamos. Brindo por tus rubios cabellos.

PAULI. ¡Querido Eduardo!

EDUAR. (Con entusiasmo.) Y por tu talle de palmera. (La abraza.) y por tu... (Separándose bruscamente.) ¿Has oido?

PAULI. ¿Qué?

EDUAR. Pasos en la escelera. (Escucha en la puerta del fondo.) No: es alguien que sube al piso segundo. (Aparte, mirando el reloj.) Faltan todavia diez minutos: no podia ser ella (Alto.) ¿No te parece que podíamos ya irnos á dar nuestro paseo?

PAULI. ¿Qué paseo?

EDUAR. Nuestro paseo campestre—¿no te acuerdas?—por las huertas, y los prados, y las alamedas del rio...

PAULI. No: estamos bien aquí. (Lo atrae, le hace que se siente y apoya la cabeza en su hombro.) No tengo gana de moverme.

EDUAR. Vamos, Paulina, no seas así: dáme ese gusto. Anda, Paulinita, vámonos.

PAULI. No... no... bien mio: no tengo fuerza... se me caen los párpados... creo que voy á dormirme.

EDUAR. ¡Eh! ¿qué estás diciendo?

PAULI. Sí, sobre tu corazon, como en aquellos felices dias...

EDUAR. ¡Pues, señor, esto solo me faltaba! (Alto.) Paulina, por Dios, que puede venir gente.

PAULI. (Incorporándose.) ¡Cómo! ¿esperas á alguien?

EDUAR. Yo no... pero...

PAULI. Sí, tú esperas á alguien, no me lo niegues. Por supuesto no será á tu mujer. (Riendo.) ¡Já, já, já! Supongo que no será á tu mujer... ¡já, já, já!...

EDUAR. ¡A mi mujer!... (Con risa forzada.) ¡Jé, jé, jé!... ¡Qué cosas tienes!...

PAULI. Que no te pasará lo que á cierto marido, que debe tener á estas horas la sangre más frita...

EDUAR. No entiendo.

PAULI. (Riendo.) ¡Já, já, já! Quisiera ver la cara que pone. Verás. Al pasar esta mañana por Almodóvar...

EDUAR. ¡Almodóvar!

PAULI. Sí,—dos estaciones antes de la de Córdoba,—estaba en el anden, disponiéndose á tomar el tren en que yo venia, una jóven, bastante guapa por cierto: rubia... como yo... con ojos azules... como los mios...

EDUAR. (Aparte.) ¡Rubia! ¡con ojos azules!

PAULI. Y con ella una mujerona, muy alta y muy gorda, y un oficial de caballería, buen mozo tambien...

EDUAR. (Aparte.) Eso es, el hijo de doña Angustias, que es capitan de lanceros.

PAULI. ...que le estaba dando cada abrazo...

EDUAR. ¿A quién? ¿á la gorda?

PAULI. No, á la rubia.—Ella se resistia...

EDUAR. (Contento.) ¡Ah! ¡se resistia!

PAULI. Pero él, nada: aprieta que aprieta; estruja que estruja. (Imitando otra voz.) «Vamos, fulano» — no recuerdo el nombre — «vamos, no seas pesado: déjame subir al coche. Madrina, dígale usted que me deje: ya sabe usted que me está esperando mi marido.» Y la gorda hecha una canasta de risa; y los viajeros, no digo nada.

EDUAR. (Incómodo.) ¿Tambien se reian?

PAULI. Es claro: tú tambien te hubieras reido.

EDUAR. Lo dudo.

PAULI. A esto empiezan á tocar para la salida del tren. «A que se queda,» decian unos; «á que no se queda,» decian otros.

EDUAR. ¿Y qué?

PAULI. Nada: que se quedó en tierra, que era lo que el oficial queria, sin duda. (Mirándole.) Pero, ¿qué tienes? Te has puesto pálido. ¿Te sientes mal?

EDUAR. No, no es nada... los pícaros nervios que...

PAULI. No digas que no: si no hay más que ver cómo tienes la frente...

EDUAR. ¡La frente! (Tocándosela con ambas manos.)

PAULI. Toda bañada en sudor. (Enjugándosela con una servilleta.) ¡Pobre Eduardo! ¡Qué demonio de nervios!—Espera, hijo mio, espera. (Llena una copa de Champan.)

EDUAR. (Aparte.) ¡Si cogiera aquí al capitancito! ¡bribon! ¡y yo entre tanto!

PAULI. Vaya, toma.

EDUAR. Gracias. (Bebe.) ¡Ah! (Al beber ha alzado la cabeza y ha visto el reloj.)

PAULI. ¿Te has repuesto algo?

EDUAR. Un poco, sí, pero... (Aparte, sin separar del reloj la vista.) ¡La una! El tren va á llegar. Dentro de un momente estará aquí Elisa. (Alto.) Lo que necesito es aire, mucho aire. Vamos por ahí fuera, á cualquier parte.

PAULI. Bueno, si crees que ha de sentarte bien...

EDUAR. Sí, aquí me ahogo. ¡Ufff! ¡qué calor! (Corriendo á Paulina.) ¡Ah! ¡ese sombrero! Si vamos al campo te se va á estropear.

PAULI. No: yo tendré cuidado.

EDUAR. Pero ya ves, el ramaje, las zarzas... los... (Suena un carruaje.) ¡Un coche! (Con espanto.) ¡Ella es!

PAULI. ¿Quién?

EDUAR. (Fuera de sí.) Elisa... mi mujer... (Quiere quitarle el sombrero.) El sombrero...

PAULI. (Rechazándolo bruscamente.) ¡Tu mujer! ¡tu...!

EDUAR. Sí... es decir... no... quiero decir...

PAULI. (Lanzando un grito.) ¡Ah! ¡Casado! ¿Conque te has casado? ¡Infame! (Lo persigue, y él procura guarecerse detrás de varios muebles que va derribando.) ¡Ahora verás!...

EDUAR. (Espantado, viendo que saca el puñal.) ¡Paulina! ¿qué vas á hacer?—Yo no he tenido la culpa... te juro que no queria... pero mi padre me amenazó con su maldicion. Ya ves, la maldicion de un padre... (Paulina lo alcanza, y él cae de rodillas.) ¡Perdon¡ ¡Paulina mia, perdon!

PAULI. ¡Traidor! ¡perjuro!

EDUAR. ¡Por Dios! ¡por María Santísima!

PAULI. (Alzando el puñal.) ¡Muere!

EDUAR. (Bajando la cabeza y encogiéndose.) ¡Ah!

PAULI. (Cogiéndolo por los cabellos lo obliga á mirarla y se echa á reir á carcajadas.) ¡Já, já, já! ¡Qué cara tan estúpida! (Suenan fuera varias voces de hombres.) ¡Ah! ¡Dios mio!

EDUAR. (Levantándose.) ¿Qué es eso?

PAULI. ¡El es!...

EDUAR. ¿Quién?

PAULI. Sí, él es sin duda.

EDUAR. Pero, ¿quién, quién, quién?

PAULI. Mi marido.

EDUAR. ¡Ah! ¿Tambien tú te has casado?

PAULI. Sí.

EDUAR. Y entonces, ¿á qué venia toda aquella furia?

PAULI. ¡Bah! Una broma. Quise reir un poco á tu costa.

EDUAR. Y... vamos á ver... y aquello que contaste del oficial de caballería...

PAULI. Un cuento inventado para vengarme de tu traicion, de que ya tenia noticia.

EDUAR. ¡Casada!—Pues, señor, vé uno cosas... ¿y contra quién?

PAULI. ¡Cómo contra quién!

EDUAR. Con quién, quise decir.

PAULI. Con un negociante de allí de Melilla, compañero de mi cuñado.

EDUAR. (Aparte.) Pues el negociante no ha hecho mal negocio. (Alto.) Supongo que estará bien puesto ¿eh?

PAULI. Sí, tiene alguna cosita. (Aplicando el oido.) ¡Ssss!... Ya sube la escalera, adios y... ya sabes... ¡Chiton! Como si no nos hubiéramos conocido nunca.

EDUAR. Lo mismo digo: ¡chiton! y si te ví no me acuerdo. (Suena otro carruaje.) ¡Ah! otro coche. Ahora sí que es ella, sin duda. (Corre á la puerta del fondo, pero viendo que Paulina abre la otra puerta y va á salir, dá un grito y se dirige á ella.) ¡Ah! el sombrero de mi mujer. Pronto, pronto, que viene.

PAULI. Es verdad. (Se lo quita.)

EDUAR. (Que ha cogido el sombrero de Paulina, poniéndoselo.) Acaba. ¡Gracias á Dios!—(Escuchando.) ¡Ah! ya está ahí Elisa; ya oigo sus pasos. ¡Adios! (Los dos corren, cada uno á su puerta.)

PAULI. ¡Adios! (Volviendo atrás y asomando la cabeza por la puerta entreabierta.) Oye, Eduardo.

EDUAR. ¿Qué quieres?

PAULI. ¿Te parece bien que nos marchemos así, sin decir nada á estos señores?

EDUAR. Es verdad, tienes razon.

PAULI. (Cogiéndole de la mano y bajando al proscenio.) Yo siempre la tengo cuando me conviene. (Al público.)

Buscando el supremo bien,
los dos nos casamos ya,
y cada cual en su tren,
la vida recorrerá.

Si al marchar nos despedís
con benévola actitud,

eterna—en cualquier país—
será nuestra gratitud.

Con una palmada ó dos
nos podeis satisfacer.

EDUAR. Vaya, dáos prisa, por Dios,
que ya viene mi mujer.

FIN.

PUBLIC LIB.